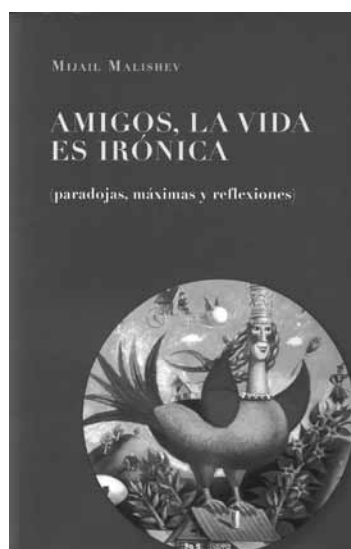


Malishev y la ironía como forma de (des) conocimiento

*J*acinto Benavente decía que la ironía es una tristeza que no se puede llorar y se sonríe. En esos susurros convertidos en secretos a voces que luego entran en el dominio público se dice con ironía que hay carcajadas que nos sacan lágrimas de sangre. Los aforismos, las paradojas, las máximas y reflexiones de Mijail Malishev en *Amigos, la vida es irónica* son colmillos afilados que penetran con la misma profundidad con que caen los categóricos granos de un reloj de arena. Cada incisión destella su saldo de sangre bajo la firma del más temible de los enemigos: el tiempo. Por eso, emprender su lectura es como meterse en la boca de un lobo de la que nadie puede salir ileso, pero sí con una sonrisa. De resignación, de asentimiento, de complicidad, de aseveración –de lo que el lector guste–, pero con la alegría estoica del soldado que se sabe en las filas de una guerra condenada al fracaso.

A pesar de que gran parte de los textos publicados en este volumen ya habían aparecido en revistas, su frescura (o desvergüenza, podríamos decir sin el menor recato) impacta con la misma fuerza que cuando fueron leídos por primera vez. Por ejemplo: “No es fácil amar al prójimo teniendo el estómago vacío. Pero es todavía más difícil amarlo teniendo la panza llena.” O “En el alma de todo perfeccionista duerme un santo fracasado”. Después de leerlos y paladearlos amargamente, el lector esbozará una sonrisa, ya porque

LA COLMENA 72, octubre-diciembre 2011



Mijail Malishev, *Amigos, la vida es irónica (paradojas, máximas y reflexiones)*, Toluca, UAEM, 2011.

se encuentra reflejado, ya porque conoce a alguien cuya descripción bien podría ser exactamente ésta. En el fondo, el lector sonríe también porque encuentra una certeza irrevocable en ellos, una suerte de intuición que las palabras de Malishev revelan o confirman. Y cómo negarlo: “A veces, uno finje estar orgulloso de sus defectos, sólo para lanzar retos al desprecio ajeno”.

Se puede elegir una página al azar, leer un fragmento, agarrarlo como dardo y tirar al ámbito que corresponde. Por ejemplo, en la república académica de la puntitis aguda: “El crítico verdadero es un ‘buey’ que en aras de la verdad no se reverencia ante la autoridad de las ‘vacas sagradas’.” En el concurso de popularidad que es nuestra democracia: “La propaganda

electoral embriaga, los proyectos gubernamentales marean y en los resultados sentimos la cruda”. En el magisterio de la maldad y su milenaria e hipócrita doctrina hay para echar arriba: “¿Por qué el diablo no expresó sus revelaciones en un libro sagrado escrito por sus brujas y hechiceros? Quizá porque, a diferencia del Bien, el Mal es tan multifacético y cambiante que es imposible expresarlo en forma sistemática en una biblia de la maldad.” O “el dominio del mal se explica porque es el usuario más rico de las máscaras de hipocresía”.

Sin embargo, la ironía es el eje retórico del libro; funge como una visión del mundo que descubre sus ocultas incongruencias. Y no hay como la ambigüedad que permite la literatura (pues muchas de esas “paradojas” y “máximas” bien podrían considerarse aforismos) para dejar sugeridas o desnudas esas incongruencias.

El ejercicio estilístico de concentrar un pensamiento no es sencillo, por mucho que los tuiteros y su tuitliteratura pregonen haber descubierto el arte –el hilo negro– de la sencillez y la brevedad. Pregúntenle a Gracián. Estas pinceladas de agua fría que nos regala Malishev nos permiten recobrar esa “visión de dualidad, la capacidad de hacer brotar lo heterogéneo, lo incongruente, lo alterno” (Bravo, 1996: 89) en la ya tan gastada costumbre, lapidaria, de sentenciar el

mundo mediante certeza irrevocables y sin lugar a dudas. Así, el filo de la ironía viene a cortar la endeble “dureza” de nuestros asertos, a juzgarla, a ponerla en entredicho y entrelíneas. Y como tiro de gracia: “No tema reflexionar, de esto nadie muere. Quizá puede dolerle la cabeza, es por falta de uso”. Digámoslo con palabras de Malishev: “La ironía es una cuna que contiene el veneno de la burla, capaz de aniquilar al virus de la soberbia.” O “la ironía es un desprecio fino enmascarado por una atención exagerada al objeto de burla o por modestia fingida del burlador”.

Esta ironía (o sonrisa sospechosa, angustiosa para los sumisos) deja su huella amoratada, cual torso de boxeador, quien, abrumado, se cubre el rostro por pura inercia. Y nos estremece leer: “La justicia es la segunda víctima del delito.” O “El desprecio es un tributo que la tolerancia rinde a la convivencia pacífica”. O “La fuerza del argumento corroborado con el argumento de la fuerza suele superar cualquier obstáculo”. Ya querrían muchas plumas del *mainstream* tener la claridad de Malishev, y su contundencia, de *knock out*: “En el alma de cada pedante duerme el miedo de ser perdedor.”

Sin embargo, debajo de esa ironía está el devastador transcurso del tiempo, esa tristeza que no se puede llorar, pues “El tiempo es un prestidigitador que esconde el

horror de la nada tras el encanto de la esperanza”. El transcurso del tiempo se le convierte a Malishev en una presencia inevitable que deja sus vestigios en todos lados, sobre todo en la memoria: “Como roedor del tiempo, el tedio lo transforma en un cúmulo de instantes monótonos que la memoria arroja en el abismo del olvido”. Maticemos: es la memoria la que nos hace recobrar significados, imágenes, sensaciones o, en todo caso, nos permite comparar situaciones similares en tiempos distintos, revelando así las transformaciones del tic tac categórico.

De cualquier modo, *Amigos, la vida es irónica* es un texto por el que no se puede pasar de largo. Sus colmillos, sus dardos, no pierden el filo. Por el contrario, página a página va aumentando el caudal de carcajadas sangrientas escondidas en el desasosiego provocado por verdades claras y nítidas, y sus sugerencias entre líneas. De *Amigos, la vida es irónica* nadie saldrá ileso. Pero, en todo caso, ¿quién en su sano juicio quiere salir ileso de cualquier libro?

BIBLIOGRAFÍA

Bravo, Víctor (1996), *Figuraciones del poder y la ironía. Esbozo para un mapa de la modernidad literaria*, Caracas, Monte Ávila Editores-Universidad de Los Andes.